



BIBLIOGRAFIA

El hombre y las cosas y La ciudad del silencio, por JEAN PAUL SARTRE. Buenos Aires, Editorial Losada, 1960. 260 y 190 p.

Se podrá estar en total desacuerdo con la filosofía de Sartre o, por lo menos, con las ideas centrales de su pretendido humanismo, reconociendo al mismo tiempo el indiscutible valor de sus notables análisis de la realidad humana en su relación con el mundo, con los demás y consigo mismo. Se podrá también disentir con su manifiesta inclinación a los tonos sombríos y a las situaciones crudas, morbosas en la mayoría de sus dramas y novelas, no siempre necesarias para hacernos sentir a lo vivo la tremenda crisis espiritual que agobia al hombre de nuestro tiempo. Lo que a pesar de todo no puede negarse es que Sartre es una de las mentes más lúcidas de nuestra época, un espíritu perfectamente ubicado en su mundo y en su hora, que se mantiene en permanente vigilia y en definida actitud combativa, atento a todo cuanto puede tener alguna significación sustancial para el hombre en un momento crucial del que nadie sabe cómo ni cuándo se ha de salir.

El Ser y la Nada, de Sartre, es sin duda una de las máximas aportaciones al pensamiento filosófico contemporáneo, y su labor literaria se compara sin mengua con las más altas manifestaciones del género. Pero tal vez, donde mejor se revela su actitud vigilante y su fina sensibilidad para descubrir el sentido de las cosas, aun las más recónditas y menos transitadas, es en sus artículos, notas críticas y pequeños ensayos, algunos puramente circunstanciales, aparecidos en *Les Temps Modernes* o en otras publicaciones periódicas de Francia y del extranjero.

Muchos de esos trabajos, en su mayoría breves, fueron recogidos en *Situations*, serie de volúmenes de los cuales el I y el III han sido recientemente traducidos a nuestro idioma con los títulos de "*El hombre y las cosas*" y "*La ciudad del silencio*"⁽¹⁾.

De estos ensayos, en realidad muy dispares en su intención y en sus temas, el más importante es sin duda alguna *Materialismo y Revolución*, incluido en "*La ciudad del silencio*". Se trata de un estudio crítico en el que Sartre, apoyándose en el subjetivismo radical que constituye el meollo de su doctrina, y, por lo tanto, en la idea de la esencial libertad del hombre, se propone poner en claro si, como se pretende, el advenimiento del sistema socialista y la causa de la revolución exige verdaderamente el materialismo y lo que él llama el mito de la objetividad.

(1) *Situations II, ¿Qué es la literatura?* fue publicado con anterioridad por la misma editorial.

Profundo conocedor de los textos clásicos del materialismo dialéctico y familiarizado con sus actuales intérpretes y expositores, Sartre se desplaza con seguridad y firmeza en sus análisis críticos, orientados no precisamente a Marx sino a la escolástica marxista contemporánea o, como él mismo dice, en una nota inicial, a Marx a través del neomarxismo staliniano.

Su crítica apunta en primer término al materialismo en general que desconoce la subjetividad humana y que en el fondo no es más que una metafísica disimulada bajo un positivismo, con el cual sin embargo se muestra inconsecuente, puesto que de hecho trasciende los límites que aquél se impone al hacer afirmaciones absolutas acerca del ser en sí del universo; afirmaciones que a la vez destruye en principio al rechazar toda metafísica.]

El positivismo, en el que se apoya la ciencia, no es más que una posición gnoseológica que se atiene a los datos de la experiencia sensible sin preguntarse si el universo *en sí* admite y garantiza el racionalismo científico. Pero el materialismo que pretende ser una filosofía positivista y científica va mucho más allá: se sale de la experiencia y quiere contemplar la naturaleza tal como es de modo absoluto. Sin razón alguna, pues, el materialismo se aprovecha del positivismo para a fin de cuentas negarlo y colocarse en una postura metafísica que nada justifica. En realidad, el optimismo racionalista no tiene fundamento dentro de los supuestos del materialismo científico. Como advierte Sartre, el triunfo de la ciencia puede hacernos pensar que la racionalidad del mundo es probable, pero sólo eso. La ciencia no puede decir más y si lo dice sale de sí misma, de sus justos límites y se aventura en la especulación.

La racionalidad del mundo es explicable, dice Sartre, si se admite como lo hace Kant, que la verdad de los objetos es una construcción del entendimiento, pero no si, por el contrario, se afirma que en el conocer nosotros no hacemos otra cosa que reflejar el ser en sí preexistente de las cosas mismas. Cuando el materialista sostiene, contra todo idealismo, que el universo produce el pensamiento, que lo crea como un epifenómeno de la realidad material, procede en forma dogmática, sin fundamento alguno. En el fondo "proclama con una mano los derechos imprescindibles de la Razón y con la otra los suprime. Destruye el positivismo mediante un racionalismo dogmático, destruye ambos mediante la afirmación metafísica de que el hombre es una realidad material, y destruye esta afirmación mediante la negación de toda metafísica. Alza la ciencia contra la metafísica y, sin saberlo, una metafísica contra la ciencia".

El hecho de que la filosofía de la revolución no sea el burdo materialismo tradicional, sino un materialismo dialéctico, no salva la subjetividad humana, es decir, su libertad; y, justamente, una de las contradicciones más sorprendentes del marxismo es haber tomado a este materialismo como fundamento de la acción revolucionaria y de sus legítimas aspiraciones. Desde un punto de vista estrictamente teórico, el materialismo dialéctico le parece a Sartre algo sin sentido. Es fácil comprender el movimiento de las ideas porque éstas son naturalmente sintéticas. Toda idea asimila sintéticamente otras ideas; y esta síntesis representa algo nuevo con relación a la cual cobran su verdadero sentido las ideas anteriores, a la vez que se constituye en un elemento que integrará unitariamente una nueva síntesis, y así en forma indefinida.

Pero resulta imposible aplicar este dinamismo al mundo material. El materialismo dialéctico sostiene que su interpretación del universo es rigurosamente científica. Pero el universo de la ciencia es puramente cuantitativo, y la cantidad es todo lo contrario de la unidad dialéctica. Una suma no es una unidad; sus elementos aparecen en relaciones de contigüidad y simultaneidad, y en vano pretenderíamos encontrar en ella una integración unitaria. La materia científica representa de algún modo la realización de la cantidad: por eso, sostiene abiertamente Sartre, la ciencia es en sus principios y métodos lo contrario de la dialéctica.

No se trata sin embargo de rechazar una filosofía materialista para caer en el idealismo. El idealismo, tanto para los marxistas como para Sartre, es una "filosofía burguesa" cuyo objeto ha sido aplastar las reivindicaciones del hombre con un mundo de ideas y valores eternos. Lo que importa para salvar la revolución y asentarla sobre bases firmes es una filosofía que la justifique. Esto no puede hacerlo el idealismo, pero tampoco el materialismo aunque en ello se empeñen los ortodoxos. Sartre no ha disimulado en ningún momento su simpatía por todo lo que significa reivindicar los derechos del hombre; pero, aparte de señalar, cuando lo ha juzgado necesario, los errores políticos y las contradicciones de la realidad revolucionaria, lo que verdaderamente le importa es que ésta no se construya sobre afirmaciones y doctrinas inconsistentes que puedan arrastrarla en su caída. Claro está que se puede decir que la mejor justificación de una teoría es su eficacia, y en este sentido es bien cierto que el materialismo ha sido útil para la acción revolucionaria. Pero la eficacia, la utilidad, el éxito no son valores de verdad. Si se argumentare que la ideología es lo de menos, que el materialismo ha servido, ha probado su eficacia y seguramente conducirá a la victoria; que la lucha emprendida no es de ideas sino una lucha política y social de hombres contra hombres, cabría preguntarse: ¿qué hombres formarán? "No se forman impunemente generaciones, dice Sartre, inculcándoles errores que tienen éxito. ¿Qué ocurrirá si un día el materialismo asfixia el proyecto revolucionario?"

Lo que el hombre revolucionario que se apoya en una filosofía materialista parece no advertir es que esa filosofía le quita todo derecho y toda justificación a sus aspiraciones, porque lo despoja de su libertad, de su condición humana y lo convierte en simple cosa. El fundamento de toda acción revolucionaria es la conciencia de la libertad y de la dignidad del hombre que se siente sumergido en una sociedad que lo oprime, pero a la vez se siente capaz de superar esa sociedad por sus esfuerzos para cambiarla. Para el materialismo, la filosofía idealista niega ese derecho puesto que lo ata a ideas y valores dados y le oculta su poder de inventar sus propios caminos. Pero con mayor sentido puede decirse esto del materialismo que desconoce por completo la subjetividad humana. El revolucionario que profesa el materialismo hace el juego a los amos sin darse cuenta de ello. Porque si el amo ha hecho del hombre, sometido en el trabajo, una simple cosa, éste se afirma a sí mismo como tal cosa en cuanto niega sustancialmente la propia libertad que esgrime como argumento de su acción. "Quién concibe al esclavo como una máquina es el amo y, al considerarse como un simple producto de la naturaleza, como un "natural", el esclavo se ve con los ojos del amo".

El acto revolucionario implica la libertad y se justifica por ella, siempre naturalmente que se entienda por revolución no la simple ac-

ción tendiente a reclamar para sí los supuestos derechos de los amos o de la "clase distinguida" —que esto no haría sino invertir las situaciones sin cambiar la estructura social— sino la reivindicación de la libertad de todos los sometidos y, en última instancia, de todos los hombres, puesto que, bien entendida, la libertad constituye un reconocimiento de las otras libertades y exige a su vez que éstas las reconozcan. Se equivocan quienes intencionalmente suponen que todo consiste en unos centavos más. Detrás de esa aspiración inmediata se esconde lo sustancial, la afirmación de un verdadero humanismo. Lo que busca el revolucionario, si es auténtico y no aspira sólo a reemplazar a otros en las posiciones de privilegio, es que se lo tenga por hombre, esto es, "una libertad en posesión de su destino". El socialismo, dice Sartre, y así lo sostienen teóricamente sus propugnadores, no es más que un medio que permitirá en una sociedad sin clases el reinado de la libertad. Y aquí surge la extraña paradoja, porque sucede que si el socialismo se propone como fin un humanismo, una realización plena y libre del hombre, de todos los hombres, el materialismo que lo sustenta hace in concebible esa dignificación de lo humano que constituye su razón de ser.

El análisis de las exigencias revolucionarias pone, pues en evidencia que el materialismo no puede servirle de fundamento. ¿Podría acaso servir para ello el humanismo que Sartre sostiene en sus obras filosóficas? Más de una vez he señalado o he procurado señalar las deficiencias de su filosofía fundada en una idea de la libertad que me parece insostenible. Pero no es éste el momento de volver sobre el tema. Lo que ahora importa es sólo dejar constancia de que *Materialismo y Revolución* es un significativo ensayo sobremanera útil para ver con claridad problemas que suelen dejarse de lado por disciplina, incomprensión o simple incapacidad para afrontarlos. Se esté o no de acuerdo con Sartre conviene tenerlo en cuenta.

Rafael Virasoro

Diario de un escritor, por FEDOR DOSTOYEVSKI. (Selección).
Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Colección
Austral, 1960. 207 p.

Tan apasionante como una de sus novelas es el *Diario* de Fedor Dostoyevski, donde se refleja a lo vivo la azarosa trayectoria de un pensamiento que lucha por explicarse el asombro cotidiano de la vida. Todo y todos están presentes en las torturadas páginas, miscelánea de cosas que se suceden en inquietantes desfile, siempre vinculadas a los temas que hacen al hombre en cuanto ser espiritual.

"Asombrarse de todo es, seguramente, una gran tontería. Pero es más idiota aún no asombrarse de nada". Tal el fundamento de sus observaciones y complacencia en lo menudo, lo pequeño, aquello que en apariencia resulta intrascendente. Así, la existencia de seres humildes: el mujik Marey, la Centenaria y otros, que atrajeron por turno su curiosidad sentimental, perduran en forma de pequeñas acuarelas o de relatos de algún aliento, como "La tímida", cuento fantástico en diez momentos donde ensaya una fervorosa defensa de la mujer. En reali

dad, si se indaga con paciencia, en la selección encontraremos un constante encomio de Dostoyevsky hacia la mujer. Cuando reflexiona sobre la mentira, por ejemplo: "Se goza mintiendo. Los hombres honrados mienten lo mismo que los otros, y llegan hasta creer la mitad de sus relatos; ese lujo, la pequeña mentira, es un rasgo muy importante de las costumbres nacionales". Pero las mujeres se salvan de su crítica. Ellas han testimoniado en todo tiempo —dice— mayor horror a la mentira que sus hermanos y maridos. Y afirma categóricamente que muchas de ellas no mienten jamás. Tiene palabras gratísimas para Jorge Sand, y considera que las mujeres del universo entero deberían llevar luto por ella, "porque ha muerto con Jorge Sand una de las más nobles representantes del sexo femenino, que se asociaba a todo movimiento progresista y no únicamente para hacer triunfar los derechos de la mujer; era de una fuerza de espíritu y un talento casi inauditos".

Todas las preguntas que se formula obsesionadamente el hombre, ha tratado de responderlas el escritor: el porqué la Naturaleza nos ha creado sin nuestro consentimiento, a nosotros, conscientes, es decir, capaces de sufrir. Es la Naturaleza la que declara, por la voz de la conciencia, que hay en el universo una armonía general, esa armonía en que se basan las religiones humanas. "¿Será preciso —conoce— que acepte el sufrimiento en vista de la armonía de todo?" No obstante, aún admitiendo que la Humanidad marcha hacia la felicidad, que los hombres por venir serán perfectamente dichosos, la sola idea de que para obtener ese resultado la Naturaleza haya tenido necesidad de martirizar a tantos seres durante millares de años, se le hace insostenible y odioso: "Una pregunta horriblemente triste se presenta a veces: ¿Y si el hombre, me digo, no fuera más que el sujeto de una experiencia?" En alguna parte coinciden curiosamente él y Unamuno: "Si la creencia en la inmortalidad es tan necesaria a la vida humana, es por ser un estado normal de la Humanidad, y una prueba de que la inmortalidad existe".

A veces su pluma se tiñe de macabro humor, y entonces incursiona en el campo de los muertos y sus tumbas, en un jocoso coloquio de difuntos a cuyo término asevera, filosóficamente: "Ni en el fúnebre subsuelo de sus tumbas las gentes son amigas. ¿Qué se le puede pedir al piso superior"?

La niñez le inspira tierno pensamientos, ansiedad por protegerla, para que crezca "como una flor o como una hoja en el árbol en primavera". Subraya elocuentemente que los niños necesitan aire, luz, una alimentación adecuada, y que la edad de doce o trece años —ilustra el concepto con un relato— es en extremo interesante, más aún en una niña que en un muchacho. "Hay que alejar a la adolescencia de la calle. ¡La calle es escuela donde se aprende pronto!" Reiteradamente insiste sobre lo interesante de esa edad en que la inocencia todavía infantil se mezcla a una increíble aptitud para recibir impresiones, para asimilarlas toda clase de experiencias buenas o malas.

Nos habla también de su vida en la Universidad, su obsesión por el suicidio; cómo se lo tildaba de "extraño", cómo se burlaban de él, aunque reconoce su culpa, la de ser demasiado orgulloso para confiarse a nadie.

Y aún cuando "recordar es triste", en su diario nos va descubriendo el basamento donde se ha estructurado la complejidad anímica de sus angustiados personajes; sobre esas preguntas gira el extraño mundo don-

de conviven sus criaturas literarias, esos alucinados seres cuya existencia conflictual, a medida que extendía su capacidad de obrar, los va entregando resignadamente al drama de su destino.

Cierra la selección una conmovida página sobre el poeta Nekrassov, y el discurso sobre Puschkin —ensayo a manera de explicación de un ideario poético— que pronunciara en 1880 ante la Sociedad de los Amigos de la Literatura Rusa.

Iris Estela Longo

Antología poética de Mayo, Selección, Prólogo y Notas por
HÉCTOR F. MIRI. Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora,
Colección Argentina, 1960. 287 p.

Mientras la espada cumplía su misión de heroísmo en la cruzada de la independencia, creciendo con la patria y paralela a la épica, se daba la evolución de la lírica argentina, cuyos temas fueron la libertad y el nacimiento de la nueva nación. En homenaje a los poetas de Mayo ha aparecido en el Sesquicentenario de la Patria el volumen de Héctor F. Miri completa expresión del estro de nuestros poetas cívicos, en la huella de "La Lira Argentina" de 1824 y la "América Poética" de 1846.

La buena selección reúne voces de los poetas que a partir de 1810 exaltaron el primer grito de libertad en el Plata, resumiéndonos 150 años de canto en seis secciones que el compilador llama Los Precursores, Los Continuadores, Los Modernos, Los Contemporáneos, Escolares y Populares. Al lado de los argentinos, en la antología figuran algunos vates españoles y otros de países sudamericanos.

No sólo poesías clásicas incluye el trabajo, sino algunos himnos actualmente olvidados o desconocidos para el público lector, además de composiciones que han sido obtenidas de sus autores por el antólogo.

Se incluye entre Los Modernos el extenso Canto a la Argentina de Rubén Darío y dos himnos publicados por los españoles en el Centenario, en homenaje al decreto de Roca por el que mandaba suprimir las estrofas del Himno Nacional que afectaban la sensibilidad de España.

A los clásicos Lafinur, Varela, de Luca, Echeverría, Domínguez, etc., y los modernos Guido y Spano, Andrade, Obligado, Rodó, agrega los contemporáneos Lugones, Rojas, Banchs, Capdevila y otros. Entre los Escolares y Populares presenta a Chassaing, Blomberg, Corretjer, Berdiales, Ana Emilia Lahite y otros autores de romances y cielitos argentinos.

Al consignar en el prólogo la disposición de Rivadavia de 1822, que faculta a su Ministro de Gobierno para encargar la colección de "todas las producciones dignas de la luz pública" que han sido compuestas en Buenos Aires y en todas las provincias de la Unión desde el 25 de Mayo de 1810, exalta Héctor Miri la profunda significación del decreto, con esta atinada observación: "Por lo general, cuando un ejército resulta victorioso en las acciones contra otro, soldados y civiles

suelen celebrar el triunfo, justo o no, con el reparto del botín ganado el enemigo y con la consiguiente orgía de alcohol, de discursos y de equívocas altiveces castrenses y populares. Sin embargo, la República Argentina celebró el alumbramiento de su libertad respetando hasta lo sublime la derrota del contrincante hispano, dando al mundo un ejemplo de cultura y de civilización. El vino de la victoria fue el verso, con su embriaguez hizo civismo; de su euforia hizo una religión para la Patria”.

Aclara además que no ha pretendido dar carácter exhaustivo a su trabajo y ha soslayado el discriminar las calidades métricas y expresivas de las composiciones elegidas, pues privó en su tarea el afán de divulgar lo tradicional.

Iris Estela Longo

Teatro completo, por ROMAIN ROLLAND. Teatro de la Revolución, Tomo III (Versión castellana de Amparo Alvajar). Buenos Aires, Librería Hachette, Colección “El Mirador”, 1960. 360 p.

En el Tomo II se alza el telón final del apoteósico teatro devolucionario de Romain Rolland. La epopeya debía lógicamente culminar en las trascendentales figuras del movimiento del pueblo, Danton y Robespierre.

“Danton” se sitúa a cinco años de la Revolución, en 1794, cuando la fiebre del asesinato enferma a los conductores. Reaparecen Camilo y Lucila Desmoulins, personajes familiares. Camilo, adulando y despreciando al pueblo, asegurándole que ha querido algo en lo cual no pensaba, para que no tarde en desearlo como un león; bueno pero cruel, “cruel como un niño”. Danton, proclamando ser más fuerte que todos sus opositores, sin temer al olvido porque a hombres de su clase “les basta callar un instante para hacer sentir el vacío enorme del mundo cuando ya no están ellos para llenarlo”; sirviendo a su popularidad incluso cuando se aleja. Y Robespierre, convencido de que no se puede fundar la libertad con la libertad, porque lo obsesiona la desconfianza: lee la mentira en la mirada de todos los hombres, ve emboscarse la astucia bajo todas las protestas de fidelidad...

Cuando en el acto III se planea la farsa de la condena de Danton y Camilo —entre otros, para no exponerlos demasiado a la consideración pública—, Robespierre deja hacer. Pero no escapa al estilete de Vadier: “El gati-tigre hace melindres pero se relame lo morros”. Una enorme fuerza trasciende del acto III. La intervención del pueblo, que aplaude a sus ídolos o vitupera a los verdugos, aumenta el dramatismo del cuadro, en que Danton acusa y se defiende, con lenguaje crudo, pretendiendo que su alma es como el bronce ardiente en la forja, y la estatua de la libertad se está fundiendo en su seno. Ante los cargos, golpes efectistas dirigidos a la multitud: “No se salva un Estado con virtudes de sacristía. El corazón es bueno, pero el estómago es mejor”.

Saint-Just es quien descubre el pensamiento del implacable Robespierre: “Las ideas no necesitan a los hombres. Los pueblos nacen para que Dios viva!”

Sigue avanzando el ciclo en grandiosidad. Dice el autor en el prefacio de "Robespierre" que tenía treinta años cuando decidió escribir una vasta epopeya dramática de la Revolución Francesa, en una docena de piezas; a los setenta y dos terminó esa obra, según su pensamiento la cima de la curva. Y no es que hubiera dejado de pensar en ella, sino que esperaba sentirse en plena posesión del tema. Reitera el escritor que todos los hombres del primer plano de su escena eran sinceros y apasionados republicanos. No obstante, se obstinaron en destruir la República, dominados por sus pasiones, sus violencias, su desconfianza. "Existe en ello una fatalidad tan inexplicable como aquella en que se debatía Edipo".

Insiste en que no ha idealizado ni disimulado sus errores, sino trata de describir una época en que precisamente la fatalidad juega inescrutable papel.

Danton había anunciado que si él abría la fosa, Robespierre no tardaría en seguirlo. Ahora urge matar el terror con el terror: a Robespierre lo atormentan los fantasmas de las víctimas inocentes que desfilan hacia la guillotina... Lucila Desmoulins... y añora los tiempos en que estaba sólo, único opositor, contra la hostilidad de toda una asamblea. Con el poder en sus manos, no se encuentra menos sólo y es mucho menos libre...

Los tres personajes femeninos están cálidamente logrados; Eleonora, expresándose resignadamente, define la profundidad de su conflicto anímico: "Nadie merece la felicidad. Es un don. No se puede devolver nada en cambio. Sólo se puede decir: ¡Gracias!"

Y siempre en el fondo del escenario la admonición de Juan Jacobo, recordando que nada merece ser comprado al precio de la sangre humana, y la sangre de un solo hombre es de mayor valor que la libertad de todo el género humano.

"Las Leónidas" también fue concebida un cuarto de siglo antes de salir a luz. "Esa interminable preñez es un estado delicioso. Toda la vida pasa en un zumbido de colmena".

Quien recuerde "Pascua Florida" volverá a hallar dos figuras conocidas: el Conde y el ex-Convencional Matías Regnault, aunque muy cambiados—su edad y vicisitudes les enseñaron muchas cosas saludables—.

El escritor reconoce, finalmente, que el verdadero protagonista de su drama es la Naturaleza: "Somos la cola de su vestido, somos el musgo de sus miembros, somos los rizos al viento de sus cabellos".

Como en los tomos anteriores, la cuidada traducción pertenece a Amparo Alvar.

Iris Estela Longo

Escritos políticos de Camilo Henríquez (Introducción y recopilación de Raúl Silva Castro). Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1960. 191 p.

"En el libro que sigue se intenta una exposición de las principales ideas políticas que manifestó Camilo Henríquez (1769-1825), fundador de la prensa periódica en Chile y a quien, por este motivo, se dio oportunidad de exponer, en el período de la Patria Vieja, algunos de los con-

ceptos que iban a servir de base a la lucha por la emancipación política", dice Silva Castro en la Advertencia Preliminar que abre el volumen. A la advertencia sigue una extensa Introducción Biográfica donde se informa al lector sobre la vida y la actuación de Camilo Henríquez esclareciéndose, a la luz de nuevos documentos, aspectos y circunstancias hasta ahora confusos o pocos precisos aparecidos en biografías e historias anteriores. De la lectura del volumen no sabemos que resulta, a la postre, más interesante, si la personalidad de Henríquez o su pensamiento escrito. Por de pronto, le corresponde a este fraile el honor de ser "el fundador de la prensa chilena". Además, esta circunstancia impone al fraile periodista la misión de orientar el rumbo ideal de la lucha revolucionaria que comenzaba, propagándola popularmente, ofreciendo asimismo ideas, adecuadas a los propósitos, a los núcleos patriotas dirigentes. De la lectura de sus artículos y breves ensayos recogidos en el volumen surge con evidencia meridiana que este fraile chileno cultivaba ideas liberales que resultaban, por venir de un sacerdote, doblemente heréticas en varios sentidos. Ya hubo de enfrentar, Henríquez, los rigores de la Inquisición antes de alistarse en las filas patrióticas de la revolución americana. Y cuando ésta estalla extendiéndose desde Buenos Aires a Chile, Henríquez está mentalmente bien pertrechado para defender, desde las columnas de la prensa rebelde, el ideario de los patriotas informado todo él en la filosofía liberal de la Ilustración. Aunque no fuese singular en América la actitud del sacerdote revolucionario, su militancia no era tan frecuente y, menos, normal como para no suscitar admiración por una parte y enérgica repulsa por otra. Basta con leer sus opiniones sobre la escolástica, sobre la Inquisición, sobre el fanatismo político, sobre la libertad de prensa y de pensamiento en general, sobre la República, para captar hasta qué punto su ideario había de ser reputado audaz y herético para la mentalidad colonial dominante y para los intereses políticos de la España monárquica conquistadora. Muchas de sus reflexiones, transcurrido un siglo y medio de ser expresadas, no han perdido sentido de actualidad para el lector de nuestros días. Doble mérito para un publicista que redactaba sus escritos al calor de la lucha y atendiendo las urgentes necesidades inmediatas de su tiempo. Esta trascendencia temporal permite leer sus trabajos con mucho interés, y aunque aquella prosa nos parece hoy tan curiosa como anacrónica, la sustancia espiritual que envuelve sigue teniendo sentido de permanencia, lo que revela hasta qué punto las mudanzas de la historia suelen ser más superficiales que profundas y cómo sobreviven vicios, anomalías y aberraciones mentales que el fraile ingenuamente creía superadas o en trance de pronta extinción a poco que "las luces" penetrasen en la conciencia de los hombres tras el proceso iniciado de la emancipación política en América y en el mundo.

Luis Di Filippo

Agustín, el santo del intelecto; Ignacio, el santo de la voluntad,
por RENÉ FULOP - MILLER. Buenos Aires, Espasa - Calpe,
1960. 143 p.

A las numerosas biografías que de distinto modo aspiran a reflejar la imagen humana y también religiosa de San Agustín y de San Ignacio

de Loyola, se suman éstas creadas por el celebrado escritor húngaro (ahora residente en los Estados Unidos), René Fulop-Miller, que presenta la Colección Austral de Espasa-Calpe Argentina. La originalidad del enfoque de ambas personalidades católicas consiste, en buena parte, en el manejo del moderno instrumental psicoanalítico de cuyo dominio Fulop-Miller ha dado reiteradas muestras destacadas. Entre Agustín e Ignacio se dan líneas paralelas significativas y contrastes notables al mismo tiempo. El biógrafo sigue la vida de ambos desde la juventud borrascosa hasta la conversión, bastante semejantes, para luego desembocar los dos en un heroico apostolado que culmina en la santidad; pero son muy distintos los métodos espirituales y prácticos de conquista que ambos emplean y logran. En Agustín priva la energía intelectual de formación filosófica, en Ignacio la energía de la voluntad disciplinada cuya sustancia es extra filosófica. Varios siglos antes que lo proclamase Schopenhauer, Ignacio de Loyola demostró que "la Voluntad es la fuerza más activa del Universo". Fulop-Miller sigue paso a paso la vida de ambos, el pensamiento del intelectual y la acción práctica del caballero militante, señalando entre tanto la impronta perdurable que ambos dejan impresa en la cultura cristiana y en la historia de la Iglesia. Exento de fantasiosas aspiraciones novelescas que serían por otra parte superfluas en este caso, el libro de Fulop-Miller conquista el más vivo interés del lector en virtud de la agudeza del análisis y la intesa iluminación insólita de sus enfoques.

Luis Di Filippo

El Santo, El Genio, El Héroe, por *Max Scheler*. Buenos Aires.
Ed. Nova, 1961. 169 p.

Ya resulta superflua toda referencia a la personalidad de Max Scheler y a lo que su obra significa en la filosofía moderna. El interés que suscita su pensamiento explica la frecuencia con que los editores de habla hispana vienen ofreciendo, una tras otra, las obras surgidas de su honda meditación. "El santo, el genio, el héroe" es obra inconclusa. No obstante esta deficiencia formal y las muchas páginas que tienen características de apuntes y esbozos destinados a más amplia y completa redacción, la hondura y originalidad de los enfoques apasionan lo mismo al lector interesado; y la riqueza de sugerencias que atesoran sus páginas justifican ampliamente la publicación realizada. Evidentemente, mueve a Scheler, en estas páginas, la necesidad polémica implícita en el desarrollo de sus temas, de enfrentar a la interpretación colectivista o "masiva" que explica unilateralmente el proceso de la civilización y de la cultura a través de la historia. No es que el filósofo desdeñe las premisas y las aportaciones objetivas de la tendencia opuesta, sino que tiene especial interés en poner el acento sobre la trascendencia de los grandes modelos individuales cuya presencia penetra en la atmósfera histórica en la cual aparecen y actúan fecundamente. La singularidad de los modelos no se consume en sí misma en medio de la indiferencia pasiva del contorno humano, como si fuesen islas de piedras rodeadas por un mar impenetrable cuando no hostil. De ningún modo, ellos son el alma de la historia. "Si es cierto que el alma de la historia no reside en el hecho real mismo, sino en la historia de los ideales, de los

sistemas de valores, de las normas, de las formas éticas en que los hombres miden su ser y su actividad práctica. —de tal modo que sólo esta alma de la historia nos permite comprender plenamente la historia real—, la *historia de los modelos*, su origen y su transformación constituye de nuevo el núcleo de esta alma de la historia”, dice Scheler. Pero para llegar a esta conclusión hay que distinguir previamente los diversos tipos de modelos y fijarlos con la mayor exactitud posible: el santo, el genio y el héroe. Cada uno, con su manera peculiar, es hacedor de historia, es alma de los hechos y las circunstancias que la historia registra, ya sea en el plano de la religiosidad, de la creación intelectual o de las grandes hazañas civiles. Imposible resulta reducir a un esquema o a una síntesis conceptual el desarrollo de esta teoría de Scheler, pues ello implicaría despojarla de su rica y variada sustancia como de las múltiples sugerencias implícitas en la densidad de su discurso ya naturalmente escueto, despojado de innecesaria retórica. Todo intento de reducción se convertiría, de hecho, en una lamentable e irreverente mutilación. Parejamente, es digno de señalarse el capítulo final, “Acercas del fenómeno de lo trágico”; “todo lo que se puede denominar trágico se mueve en la esfera de *valores y relaciones de valores*”, afirma Scheler y desde este punto de partida desarrolla su enfoque original sobre un tema que ha sido motivo de no pocas e ingenuas digresiones. El aporte de Scheler, parece innecesario decirlo, abre nuevas perspectivas y ensancha las dimensiones del problema más allá de lo puramente estético. Aunque no es éste un volumen para ser tan sólo leído, sino pensado, con obligada lentitud reflexiva en razón de su misma densidad, la lectura se hace liviana y placentera en la mayor parte de su desarrollo por la vivacidad del discurso.

Luis Di Filippo

Archivo del coronel doctor Marcos Paz, tomo I (1835-1854). Introducción de Carlos Heras. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1959. CXIV, 387 p., 1 fotograbado.

La Universidad Nacional de La Plata ha comenzado a publicar el archivo de Marcos Paz. El presente volumen comprende documentos relativos a sucesos ocurridos entre los años 1835 a 1854. Precede a la valiosa recopilación la biografía del prócer escrita por el profesor Carlos Heras. En un erudito estudio el conocido investigador aporta novedosos datos sobre un personaje de actuación descolante en uno de los períodos más críticos de nuestra historia.

Marcos Paz nace en Tucumán el 7 de octubre de 1811. Se recibe de abogado en la universidad de Buenos Aires en 1834, participando en seguida en la política de su provincia natal, como secretario del gobernador Alejandro Heredia. Después de Caseros se radica en Buenos Aires; acompaña al coronel Hilario Lagos en su levantamiento contra el gobernador Alsina y fracasado el sitio, se refugia en el territorio de la Confederación. Representa luego a su provincia en el Senado Nacional (1854-1858); después es gobernador de ella (1858-1860); otra vez senador (1860-61), miembro de la Convención Nacional Reformadora de 1860, gobernador de

Córdoba y comisionado en las provincias del Norte en 1862. Electo Vice Presidente de la República para el período 1862-1868, fallece víctima del cólera el 2 de enero de 1868, en el ejercicio de la Presidencia.

Las piezas dadas a conocer en este volumen alcanzan a 369. Ellas aclaran aspectos desconocidos de dos momentos de la historia del Norte argentino: la actuación de Felipe y Alejandro Heredia (1835-1838) en la guerra de la Confederación Argentina con Bolivia y el conflicto suscitado entre Salta y Tucumán en 1853, que motivó el envío de una comisión pacificadora por el Congreso Constituyente reunido en Santa Fe.

Este rico repositorio será en adelante fuente obligada de consulta de los estudiosos de la historia nacional, quienes han de saludar auspiciosamente su edición.

Beatriz Bosch

La teoría de las corrientes educativas, por PEDRO ROSELLÓ. 1ª

Serie de Estudios y Documentos. Ministerio de Educación y Justicia, Departamento de Documentación e Información Educativa. Buenos Aires, 1960. 107 p.

Este folleto contiene un resumen de las conferencias sobre educación comparada pronunciadas por el profesor Pedro Roselló en las universidades de Buenos Aires, La Plata, Sao Paulo y Santiago de Chile. No es necesario destacar la importancia del trabajo si recordamos que el profesor Roselló, director adjunto de la Oficina Internacional de Educación, es profesor de educación comparada en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Ginebra.

Pedro Roselló estudia los fundamentos de la teoría de las corrientes educativas y esboza un ensayo de clasificación de los estudios de educación comparada, considerando luego los principios determinantes de esas corrientes educativas. Después pasa a analizar algunas de las principales corrientes: la relativa a las reformas escolares, la relativa a la influencia del Estado en la Educación, la relativa a la escuela-masa, la relativa al costo de la educación y la relativa a la crisis de crecimiento de la enseñanza del segundo grado. El último capítulo se enfrenta con el interrogante de lo que cabe esperar de la educación comparada.

Ya en la introducción el profesor Roselló había adelantado que, por el momento, más que resolver problemas, lo que se puede hacer en educación comparada es plantearlos. Por eso cada capítulo se parece más a un temario que a una lección. En un llamamiento al profesorado y a los estudiantes de pedagogía para que, de una u otra manera, acudan a engrosar el reducido equipo de investigadores. El estudio comparado de las corrientes educativas que se desarrollan en los distintos países puede ser altamente provechoso ya que, según Roselló, no sólo instruye puesto que nos "enseña cosas" sino que educa puesto que forma "actitudes". Es indiscutible que para planear y reformar es indispensable conocer la finalidades que se persiguen. Hay que fijar metas, situar posiciones, crear un espíritu de sana emulación, clasificar los problemas según su jerarquía, evidenciar el sentido relativo de las soluciones propuestas, no dejarse impre-

sionar por "lo nuevo" y lo "tradicional" y aprovechar las coyunturas que se presenten.

El profesor Roselló termina recomendando el cultivo de la educación comparada en todos los institutos superiores de formación de maestros y profesores, indicando la conveniencia de los mismos para el personal técnico de los ministerios de educación.

Marta Elena Samatán

Poemas con Ofertorio, por CLELIO PEDRO VILLAVERDE. San Cristóbal (Santa Fe), Ed. del autor. 1961. 56 p.

Con este libro, Clelio Pedro Villaverde nos abre sus experiencias poéticas, resumen de pequeños detalles cotidianos que —en algunos casos— alcanzan el grado de asombro. Nada conocíamos con anterioridad de este poeta, pero su manera de encarar el más difícil de los modos de expresión del arte, no nos deja lugar a dudas que, desde su San Cristóbal, no ha permanecido ajeno a las distintas manifestaciones de la poesía contemporánea.

Para que un hecho, idea u objeto reales o no puedan entrar en el dominio de la poesía, basta que sean capaces de interesar a la imaginación y al sentimiento. Villaverde lo logra en considerable medida, dando ese ansiado valor universal a un cúmulo de detalles netamente individuales, o inclusive regionales: "Caminábamos por la arena/ blanda/ caliente/ amarilla/deshecha... La marejada traía camalotes/ a la ribera/ Algunos sauces jugaban a mojar cabelleras..." O en Rural: "Te ofrecí la ventura/ de un árbol/ de un pueblo lejano/ y tranquilo;/ en el campo..." Además este fuerte hallazgo concluyendo el mismo poema: "El cielo se cae/ sobre el campo./ Te faltó mujer para tomarlo./ Me sobraba hombre/ para dártelo".

Villaverde confirma el viejo concepto de Coll y Vehí, cuando éste se apartaba del pensamiento vulgar y afirmaba que la poesía espiritualiza el mundo físico en sus variadas manifestaciones allí donde el positivista no ve más que las propiedades y leyes de la materia, hallando una fuente inagotable de dulces sentimientos y elevados conceptos. Sirva de ejemplo su poema que titula "Un auto verde modelo veintisiete", donde con los más variados "racontos" nos hace desfilar una sucesión de imágenes de nostalgias, en un participar insalvable de sus experiencias. Aun su idioma adolece de ciertos usos adjetivales que no conciden con el total de la obra: día amarillo, el surco azul de tu pupila, un cielo en retazos, etc...

La total personalidad, quizás con mucho más oficio, se vuelca inespereadamente en los ocho últimos poemas, donde ya comienza la tremenda búsqueda del poeta con la angustia. Estos eternos paralelos hacen la creación de un mundo inagotable, donde las preguntas guardan el enorme silencio de la duda, ya que nadie duda, ya que nadie más que el mismo poeta es el que expone y el que juzga. Su primera conclusión en este sentido, la hallamos en el primero de los poemas del grupo señalado: "Cuando sientas/ la costumbre de la ropa/ y la seguridad de tu piel/ sobre la milagrosa/ organización/ de tuprestada forma/ no te envanezcas". Para terminar: "...y antes de abrir la puerta,/ de la vanidad/ levanta/ la posición de la prestada forma/ hacia la eterna,/ la lograda saliva/ que se mezcló con el polvo/en el dedo de Dios".

Es loable que en San Cristóbal (varios kilómetros inhóspitos hasta esta Capital) un poeta levante su voz de esta forma, dando a un mundo lo que es del mundo; encausando sobre su oficio, un anhelo que no en pocos hombres es preocupación común: sacrificio, entendimiento; predisposición a una buena voluntad; elementos indispensables —en parte— para solucionar los conflictos del espíritu.

“Poemas con ofertorio” nos abre una ansiada posibilidad; una segunda entrega, donde no dudamos, luego de esta experiencia, terminaremos por hallar una auténtica voz poética que mucho puede hacer en favor de nuestra literatura argentina.

Impreso en los talleres gráficos “La Comercial” de San Cristóbal, el libro guarda una agradable diagramación que mucho hace en la lectura de los poemas. Destacamos la xilografía de Domingo Aguiar en sus tonalidades de gris y blanco, y disposiciones de planos de lograda sugestión, acorde con el texto.

Hillyer Schurjin

Psicología, Lógica y Comunicación, Epistemología genética e investigación científica, por JEAN PIAGET, W. MAYS y W. BETH. Traducción de Noelia Bastard. Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1959. 136 p.

Desde 1955 funciona en la Facultad de Ciencias de Ginebra el Centro Internacional de Epistemología Genética. Jean Piaget, figura sobresaliente de la psicología y de la pedagogía moderna, cuya labor de más de treinta años en el campo de la Psicología genética se halla documentada en una amplia y valiosa bibliografía, es uno de los propulsores de las actividades de dicho centro del que, además, forman parte destacados hombres de ciencia de diversas partes del mundo.

La editorial Nueva Visión, en su colección intercencia, ha publicado en versión al castellano, los trabajos del Centro de Ginebra correspondientes al año lectivo 1955-56. Dicha publicación, cuyo título es “Psicología, Lógica y Comunicación. Epistemología Genética e investigación”, consta de una introducción y de los informes de tres de los investigadores que trabajaron activamente en el programa propuesto para ese año.

En la Introducción, a cargo del mismo Piaget, se señala la forma en que se constituyó el Centro, sus objetivos y normas de trabajo, mencionándose también a sus principales colaboradores. Las tareas que se describen no están exentas de dificultades, ya que se trata de enfocar los problemas epistemológicos de diferentes ciencias (en especial de las ciencias exactas: Lógica, Matemáticas y Física) a la luz de la psicología; es decir, se trata de reconstruir la génesis del conocimiento a través de la evolución del pensamiento. Este planteamiento no sólo ubica a la teoría del conocimiento fuera del punto de vista metafísico, sino que permite estudiar psicogenética y sociogenéticamente la construcción y adquisición del saber, esclareciendo, a la vez, problemas filosóficos, científicos y psicológicos.

Jean Piaget es el autor del primero y más extenso de los tres infor-

mes que aparecen en esta obra. Se refiere al programa y a los métodos de la epistemología genética. Sin duda, ha de revestir gran interés para aquellos lectores que no están familiarizados con el tema, por cuanto da una visión general de esta disciplina y de su evolución histórica, puntuando, además, las críticas que pueden hacerse a los distintos enfoques realizados dentro de la misma. En ese sentido, considera Piaget, que, pese a que los problemas están planteados, hay numerosos obstáculos que retardan su solución. Señala los dos principales: "1) la ausencia de un contacto suficiente entre los epistemólogos de las ciencias exactas y los especialistas en investigaciones psicogenéticas; 2) la insuficiencia actual de los datos psicogenéticos que pueden interesar a la epistemología de las ciencias matemáticas y físicas". Por otra parte, una ciencia tiene valor si logra el equilibrio necesario entre los problemas generales y los particulares que pueda resolver. Por ello, en epistemología genética el trabajo en equipo es fundamental para lograr la "colaboración entre los especialistas en la noción o estructura operatoria cuyo desarrollo psicológico se estudia y los especialistas en ese desarrollo".

La aplicación del método de trabajo colectivo está dada con ejemplos de problemas de epistemología genética que pueden investigarse en relación con las distintas ramas de las ciencias exactas, de la biología y de la psicología, respectivamente.

El trabajo siguiente es de Wolfe Mays, de Manchester, especialista en lógica y epistemología. Se titula "Lógica y Lenguaje en Carnap" y corresponde al problema general que estudió el Centro de Ginebra en el año lectivo 1955-56, referente a la investigación de las correspondencias posibles entre las estructuras lógicas, ajustadas a la lógica contemporánea, y las estructuras mentales genéticamente consideradas. Mays analiza los argumentos de Carnap y la escuela del empirismo lógico, con respecto a la relaciones entre la lógica y el lenguaje, la lógica y el razonamiento, las proposiciones analíticas y las sintéticas. Además, da una síntesis de las críticas principales que se han formulado a la doctrina de Carnap. Este informe por su claridad y sistematización ha de revestir una importancia especial para aquellos que se interesan en problemas tan fundamentales de la lógica actual.

El último informe, de otro especialista en lógica y epistemología, el holandés E.W. Beth, se refiere, dentro del tema general, a un problema particular: el de las relaciones de la lógica formal y el pensamiento natural. Encontramos aquí el enlace entre la psicología y la lógica. Es un trabajo muy breve (de 4 páginas apenas) pero de gran significación para los especialistas que, seguramente, se hallan familiarizados con el método de los "cuadros semánticos" que el autor considera el más efectivo para establecer la relación entre la lógica formal y la realidad psíquica.

La publicación de estos trabajos, cuya importancia está avalada por el prestigio de sus autores da una idea de la seriedad de la labor del Grupo de Ginebra y contribuye a la difusión en nuestro medio de algunos de los planteamientos de las ciencias contemporáneas que interesan por igual, a los estudiosos de los diversos campos cuyas relaciones trata de establecer la epistemología genética.

Lydia P. de Bosch

Yo el hombre, por NATÁN LÁZER. Con prólogo de Gregorio Weinberg. Dibujo de la tapa y una ilustración de Raúl Schurjin. Buenos Aires, Editorial Periplo, 1960. 64 p.

Después de "Primicias de soledad" —libro que comentáramos en estas mismas páginas— Natán Lázer llega para entregarnos su segunda esperanza verbal: "Yo, el hombre". Nacido en una generación literaria comprometida consigo misma (entiéndase bien esto), el autor no puede renunciar a su libertad expresional, al ancho caudal de verdades que tiene la historia de cada día: ya no más entregado a lirismos parciales e inconducentes. Natán Lázer es un hombre con angustias, o lo que es mismo decir, con urgencias. Que son propias y ajenas, y de rigor, angustias que tienen una mitad latente de esperanza. Por eso, siente su corazón que gime "de amor, de luz y de verdad"; su corazón que llora "castigado por las sombras inclementes del ayer. / Por las sombras inclementes del hoy".

Los poemas son un solo canto unitivo, general, que recorre las reales fantasías de la vida con un parejo tono emotivo, sin gradientes auscultables. Si bien no es todavía la voz que le esperábamos, su creación (de búsqueda incesante, de hallazgos que tocan el tiempo poético sin estridencias) conoce la libertad del cuerpo y del espíritu para ejercer las artes divinas de la imaginación. "Deletreando lo no visto, nombrando lo adivinado", como quería Gabriela Mistral, Natán Lázer puede seguir construyendo sus caminos de buena voluntad, hacia una futura paz esperanzada.

J. M. Taverna Irigoyen

Tratado de Psicología Aplicada, Libro VI. Condiciones y reglas de vida, por HENRY PIERÓN. Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1960. 184 p.

La tarea de traducción de Marta Samatán y Angela Romero Vera, de los siete libros del Tratado, ya toca a su fin.

Nos llega el sexto con sus tres excelentes capítulos: Reglas de vida para la salud del espíritu; Psicofarmacología y La adaptación al medio climático y biosocial.

Es sabido que este Tratado —surgido como consecuencia de la desaparición de George Dumas que truncó la posibilidad de completar el tomo IX del suyo propio— surgió como posibilidad de una labor de envergadura que complementara aquella y a la que se abocaron autoridades en el campo de la psicología francesa.

En este tomo VI, editado por Press Universitaire de France —París— 1958, colaboran Auguste Tournay, Paul Chauchard y Maximilien Sorre.

La supervisión de Pierón logró aquí también la continuidad de

los objetivos generales del Tratado todo, traducidos en: claridad conceptual y sentido orgánico en el desarrollo temático.

Deseo detenerme en el cap. III.

El tratamiento de una geografía psicológica, como posibilidad de un enfoque renovado en problemas de adaptación al medio climático y biosocial, renueva las posibilidades de un trabajo científico en cuestiones de este tenor, y con especial referencia al examen de "las correlaciones entre el medio y las funciones mentales del individuo o del grupo".

"...Es corriente hablar de climas sedantes y excitantes, de acción estimulante o deprimente. Estos términos necesitan una definición. Para los médicos, responden a realidades intuitivamente sentidas, pero cuando la geografía psicológica trata de hacer uso de ellos las mide como puede..." (pág. 139).

De ningún modo se propicia un retorno a teorías añejas: Taine mostrando en el medio físico uno de los tres agentes de la personalidad estética de un grupo, no es vigente.

No obstante la necesidad de retomar el hilo para establecer la coincidencia probable entre el análisis tradicional con el análisis estadístico queda planteada como una seria fundamentación del tema.

Los dos capítulos restantes, tratados con igual rigor científico, permiten al estudioso —también al estudiante— contar con una buena información.

La edición de Kapelusz es un aporte bibliográfico importante en nuestra lengua. Urge la publicación del último tomo.

Ovide Menin

Breve historia de la novela hispanoamericana, por FERNANDO

ALEGRÍA. México, Ediciones De Andrea (Manuales Studium, 10), 1959. 280 p.

De la serie *Manuales Studium*, en la que Ediciones De Andrea nos diera a conocer con anterioridad algunas breves historias —del cuento mexicano, del teatro hispanoamericano, de la literatura antillana, etc., nos llega ahora esta *Breve historia de la novela hispanoamericana*, debida al escritor y catedrático chileno Fernando Alegría, laureado dos veces en su país como novelista.

El autor, para quien "no existe una novela hispanoamericana de la conquista o de la colonia", sitúa cronológicamente como primer novelista a Fernández de Lizardi. De él arranca para ofrecernos, en ajustados capítulos, un panorama bastante amplio de las distintas etapas de la producción novelística en América hispana. Con relación a nuestro país enfoca acertadamente en un capítulo lo que llama la novela política argentina, ubicando con certeros juicios a Echeverría, Sarmiento y Mármol.

Más adelante, al considerar otros aspectos de la novela hispanoamericana —El realismo romántico; La novela histórica; El realismo naturalista; La novela modernista; El regionalismo; etc.— analiza

la obra de autores de distintos países que conceptúa representativos por sus valores literarios de cada tendencia o escuela. Un último párrafo estudia el movimiento novelístico de 1930 hasta el presente, referido por países. La visión adolece de la restricción impuesta por la necesidad de síntesis, pero ello no es óbice para que Alegría logre definiciones claras y concisas, como cuando sostiene que "la época del super-regionalismo, a la manera de Rivera, Latorre, Gallegos, ha concluido", y "que el estilo de los regionalistas de principios de siglo, forjado en el modernismo de Darío, no interesa ya a las nuevas generaciones", o bien al afirmar que Payró, "ni tan intenso como Gálvez, ni tan deliberado como Larreta, ni tan profundo como Lynch, es un narrador ameno, pero intrascendente".

Alegría sostiene que en la novelística actual, a la que atribuye una influencia decisiva del existencialismo francés y norteamericano, "el hombre de hispanoamérica, no ya el paisaje, ocupa el centro de su atención". Y señala que la misma, rica en matices, responde a un estilo de vida impuesto por circunstancias que indudablemente superan el estrecho límite regional.

Por otra parte, cabe señalar el valor didáctico de esta *Historia*, escrita sin propósito polémico, aunque el autor rompa con muchos conceptos preestablecidos en cuanto a escritores y obras.

Integran el volumen un apéndice con notas sobre novelistas no mencionados en el texto y un índice de novelistas hispanoamericanos.

E. R. S.

Apotegmas, por FELIPE ZEINSTEJER. Prólogo de Vicente P. Giorno. Santa Fe, Editorial Castellví S. A., 1960. 106 p.

Desde la Biblia, el aforismo ha sido algo así como la verdad dicha brevemente; una perspectiva de lo humano visto desde afuera: en apariencias, con el único contacto de las palabras. De su filosofía establecida en síntesis madurativa, el lector entresaca la alegría de vivir sanamente, sin conflictos con el yo reflexivo, en máximo parentesco con la línea recta, o lo que es mismo decir, con la línea tranquila. Pascal decía que las más grandes máximas están en el mundo; tan sólo conviene aplicarlas. E Isócrates por citar otro pensador de similar eajundia— afirmaba que una colección de bellas máximas es un tesoro más apreciable que todas las riquezas.

Particularmente, algo se conmueve dentro nuestro cuando tenemos entre las manos un libro de aforismos. Llámese Nietzsche, Santa Teresa o Rousseau el autor de las filosofías, similar poder de encantamiento nos embarga. Género que, sin emzargo, y por quién sabe qué raras circunstancias electivas, está cayendo en algo así como un olvido de parte de sus cultores, y en una cierta minoría lectora.

Enfrentados a estos "Opotegmas" de Felipe Zeinstejer, recorremos el libro con gran simpatía. Un escritor que se compromete a realizar su obra sana y varía con el amor al prójimo, la verdad directa, la

sinceridad como palabra misionera y el sueño como altura, no puede suscitar otra respuesta judicial. En sus máximas, en ese largo y tranquilo entendimiento suyo del hombre y de sus vínculos humanos, el poeta juega poderosamente su costumbres de ensañación, su mano dócil pronta a la caricia, su mirada perfecta: sin dioses falsos. No se "aprende" a ver la vida de tal manera. Es ésta una forma de confianza con el mundo y con uno mismo; un entusiasmo inexpugnable por la vida, echados atrás los escorzos violentos.

Zeinstejer (aquel noble compilador de la "Primera Antología de Poetas del Litoral") piensa en el mundo: esta gran herida de Dios, y da cabida en él a todas las pasiones, a los desencuentros y a las apetencias más opuestas, encontrando para cada una el lugar de entendimiento, la razón, el perdón o la culpa.

Su palabra no vaga: se asienta segura sobre la verdad, abriendo caminos nobles, de cielo puro, de riqueza inagotable. Como no le guían leyes ni preceptivas estrechas, el libro está escrito llanamente, con esa naturalidad expresiva que sólo poseen las obras de real contenido.

J. M. Taverna Irigoien

En los orígenes de la filosofía de la cultura, por RODOLFO MONDOLFO. Buenos Aires, Hachette, 1960, 225 p.

Mondolfo se propone demostrar, con esta obra, que la "filosofía de la cultura" con ser una disciplina reciente en cuanto a su formación sistemática y orgánica, tiene no obstante raíces muy lejanas, gérmenes remotos. Pone a disposición de este propósito su rica erudición, su amplio conocimiento de la historia de la filosofía y de la filosofía de la historia. El libro, desde luego, no se reduce a documentar su punto de vista, sino que en ciertos momentos de su desarrollo adquiere un tono polémico al enfrentar sus personales ideas sobre el tema con las de otros ilustres pensadores que reflexionaron otrora sobre no pocos aspectos de las cuestiones teóricas ahora en disputa. En definitiva, Mondolfo demuestra que "tenemos, pues, una confirmación de que el esquema tradicional, que representa a la filosofía griega del primer período interesada únicamente en el estudio de las estrellas, y sólo en el segundo período vuelta hacia la tierra, con los sofistas y Sócrates, para observar la vida y los hombres, es un esquema falso, porque establece una separación y oposición inicial entre el mundo de la naturaleza y el de la cultura, cuando, en cambio, estos dos dominios se presentan en el pensamiento de los primeros filósofos en una íntima unidad y en una cooperación solidaria". Esta es la clave de todo el volumen; en torno a esta premisa gira el desarrollo de la obra que abarca diversas cuestiones, algunas aparentemente independientes, pero que tienen tan íntima conexión entre sí que le dan un sentido unitario integral, justificador de su inclusión en el volumen bajo el título general que a todos envuelve. Quizás parezca superfluo advertir que la comprensión cabal de esta obra se hará más clara al lector que conozca otras producciones de Mondolfo a las cuales suele remitirse el au-

tor, pues este volumen tan reciente, que nace sugerido por una obra de Francisco Romero, "Los problemas de la filosofía de la cultura", no es una creación de última hora, sino una consecuencia lógica de meditaciones y planteos muy anteriores en los cuales estas ideas están implícitas algunas y explícitamente formuladas otras. Ya se sabe con cuánto amor e interés crítico Mondolfo aporta, desde hace años, su personal contribución a la historia de la filosofía griega sumando su pensamiento original al riquísimo acervo de los estudiosos de aquella cultura tan excitante y tan fértil en sugerencias nunca envejecidas, al contrario, siempre tan actuales. Cierra el volumen un "prólogo de Renato Treves a la edición italiana de este libro", donde el lector encontrará noticias biográficas sobre Mondolfo y notas ilustrativas sobre el desarrollo de su pensamiento.

Luis Di Filippo

"Los tests". Manual de técnicas de exploración psicológica, por BÉLA SZÉKELY (4ª edición). Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1960. 1796 p.

Entre los educadores las ediciones anteriores de este Manual de técnicas de exploración psicológica, fueron el caballito de batalla con el que salieron del paso cuando menos en el orden informativo.

Si bien amplias, adolecieron de algunas fallas. La cuarta edición —esta que citamos— merece un comentario especial por el nuevo material que brinda tanto a los educadores, cuanto a los psicólogos y los médicos.

Debe destacarse el aporte valioso, por lo que de experiencia personal en el campo de trabajo allegan especialistas como Nicolás Tavolla, Mariano Yelá, Berta Braslavsky, Alfredo Ghioldi, Nuria Cortada y otros que las ediciones anteriores no traían.

La claridad conceptual con que se analizan hipótesis de trabajo y se aportan experiencias personales con un sincero criterio de integración entre los autores que colaboran, hacen de "Los tests" de Béla Székely un manual sumamente útil.

Frente a la vigencia actual de la práctica de los tests en todos los campos del trabajo ubica concretamente el interesado mediante una buena información general. Claro está que de ningún modo este Manual tiene la pretensión de suplir la amplia fundamentación que el estudioso y el investigador encontrarán en textos especializados, donde los autores complementan el material técnico que lanzan al mercado.

En esta cuarta edición se ha suprimido mucho del aporte personal de Béla Székely, que casi exclusivamente trajeron las ediciones anteriores, por un material informativo nuevo (especialmente en el primer tomo). No obstante, el espíritu que animó a su autor persiste en los tres tomos de la nueva edición. Los tests suprimidos de ningún modo afectan la unidad orgánica.

Estimamos que los tests que integran la edición que comentamos, están seleccionados de acuerdo con su utilidad práctica.

Como cosa peculiar de esta edición, señalamos la inclusión de "Los tests de parapsicología" - Cap. IX - con las serias consideraciones que al respecto hace el doctor Ricardo Musso, autoridad en la materia dentro de nuestro país.

Ovide Menin

La Caracterología en la segunda enseñanza, por ROGER VERDIER,
Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1960. 207 p.

El maestro, de cualquier rama o especialidad, debe resolver continuamente problemas técnicos de asimilación y de conducta, a fin de cumplir con su función específica. Y no digamos que estos problemas son pocos y de relativa complejidad, ya que dentro del campo educativo se suceden con una variación y una frecuencia que sobrepasan los límites más presumibles.

El primero de ellos, tiene un principio de solución a través de la aplicación de formas científicas de reconocido valor, que establecen de manera acertada diagnósticos y pronósticos en cuanto a las posibilidades reales del individuo. La pedagogía llamada científica o también matemática, reforzando la corriente de los pedagogos puros —Rousseau, Pestalozzi, Froebel, etc.—, en cuanto al centro de gravedad de la acción educativa —el niño—, ha aportado valiosos elementos destinados a su mejor conocimiento, ampliamente vulgarizados hoy, que han contribuido a la modificación de la organización escolar, la dinámica de la enseñanza en no pocos aspectos y la verificación de los resultados. Surge de esta manera la escuela científica llamada también "a la medida", que según Claparède rinde mucho y cuesta poco, que deja de lado la educación de masa y la del término medio, para considerar muy especialmente variedades y tipos.

Pero si mediante esta manera tiene un principio de solución el problema de la aptitud —la inteligencia es considerada una aptitud general—, queda el otro, el de la actuación del individuo y la forma en que lo hace, cuyo conocimiento importa sobremanera al maestro y al profesor, para posibilitar el fin social de la educación y no permitir que los beneficios éticos que de ella se desprenden se desperdicien lamentablemente.

La consideración y el interés en torno a este problema de real prevalencia, preocupó desde antiguo con el fin de justificar proceder y reacciones dentro de la esfera afectiva volitiva. Los humores de que hablan Hipócrates y Galeno y la influencia del quimiquismo de la sangre sospechado intuitivamente por los griegos, lo certifican plenamente. En nuestros días esta preocupación ha ido en justificado aumento, sobre la base de la intuición y de procedimientos científicos, dando así lugar a la elaboración de tipos generales de la personalidad y a una especialización destinada a prestar grandes servicios a la educación, no obstante la falta de uniformidad que se advierte en sus autores, lo que siempre obliga a un estudio crítico, que no resulta siempre fácil, a fin de llegar a los más completos.

Conocer la personalidad de un individuo, equivale a la determinación de su carácter y de su voluntad, es decir "El escenario, móvil siempre, en donde se libra un combate cuando el medio quiere formar nuevos hábitos y la herencia se empeña en mantener los ancestrales. Si bien la enunciación resulta fácil, importa la reunión necesaria de los más variados elementos que pueden proporcionar la patología, la antropología, la psicología, la antropometría, la sociología, la estadística, etc.

No obstante ser positivo que este conjunto de doctrinas resulta de una aplicación más difícil en la edad evolutiva que en el adulto, Roger Gaillet ha realizado en Francia una interesante experiencia sobre la base de alumnos pertenecientes a la escuela primaria, por intermedio de la cual deja plenamente justificada la importancia del aprovechamiento caracterológico en dicha rama de la enseñanza. Roger Verdier, alentado por dicha experiencia, publica su libro "La caracterología en la segunda enseñanza" y ubica por lo tanto el problema en la adolescencia y pone en manos del profesor secundario estimables recursos para la guía de su acción precisamente en una época de la vida del individuo en que lo adquirido y lo congénito se encuentran en constante puja, hasta alcanzar el equilibrio que le dará perfiles propios y definidos.

Se basa el trabajo de Verdier en la consideración particular de tres factores: emotividad, actividad y primaridad y secundaridad, utilizando para el diagnóstico caracterológico y la observación directa, el legajo escolar, los cuestionarios y las encuestas. En cada caso se dan las normas esenciales y precisas destinadas a la mejor captación de los elementos, como asimismo se establece su importancia en el proceso educativo y su regulación y equilibrio con miras al mayor aprovechamiento.

Sin dejar de admitir que se trata de un libro práctico en torno al problema que acomete, consideramos muy necesario la preparación técnica y a la vez responsable por parte de quien quiera llevarlo a su aula. La delicadeza de su índole, y sus proyecciones mediatas e inmediatas, así lo exigen.

Estamos en la creencia que el libro de Verdier abrirá una profunda inquietud en la educación secundaria a la vez que ha de contribuir a mejorar su rendimiento en todos los aspectos en esta hora en que nuevas corrientes pedagógicas abogan por la individualidad de la enseñanza y pretenden romper viejas estructuras educacionales dentro de esta rama de la educación.

Salvador García

Ensayos, por FRANCIS BACON. Traducción del inglés, prólogo y notas de LUIS ESCOBAR BAREÑO. Buenos Aires, Aguilar, 1961. 240 p.

Nos encontramos ante una nueva y excelente traducción de los *Essays*, la obra con que, en los albores del género, contribuyó Francisco Bacon a configurar esta suerte de piezas literarias elaboradas a base de reflexiones aisladas y libres divagaciones intelectuales alrededor de cualquier tema, de los temas más heterogéneos, que tanta transcendencia y predicamento han ido adquiriendo después, hasta convertirse por momen-

tos en la manifestación más característica de la vida intelectual de algunos pueblos; doblemente propiciado, todo ello, por la galanura literaria de que suelen ir revestidas y la superficialidad de sus ideas, en modo alguno incompatible con la agudeza y hasta con el acierto de las mismas, sino más bien todo lo contrario, y por el poco esfuerzo que, por ende, requieren generalmente para su comprensión, con el consiguiente perjuicio para la investigación metódica y a fondo y la especulación abstracta y sistemática. Sería bueno, para calibrar el carácter y los aportes del ensayismo al desarrollo de la vida intelectual —con sus importantes partidas tanto en el debe como en el haber, desde luego—, no perder de vista sus orígenes: la situación intelectual en que nace y su vinculación originaria a determinadas actitudes espirituales. Y si por ventura no fue entre los españoles donde primero ni más fácilmente afinó, acaso seamos quienes contemos en los últimos tiempos con más maravillosos ensayistas y, seducidos a veces por su encanto —igual que cuantos beben nuestra lengua—, los hayamos coronado de intelectuales de alto coturno y hasta de filósofos y tengamos aún, en buena medida, el espíritu preso de sus sutiles ataduras.

Mas sea de esto lo que se quiera, lo interesante ahora es subrayar cómo se explica así que sea esta obra de Bacon, indudablemente no la más profunda ni la más fecunda para la evolución del pensamiento, sí la más divulgada y aquélla sobre la que descansa la mayor parte de su fama, más aún que sobre *The New Atlantis*.

Y si bien para quien se interesa por la historia de la filosofía tienen incomparablemente mayor importancia las restantes obras de Bacon (*Novum organum, De dignitate et augmentis scientiarum, etc.*), hay que reconocer que no carece de razón esa fortuna de los *Ensayos*, libro de tan heterogéneo contenido cuanto agudas ideas y no menos útil para ornar un discurso con una cita elegante y oportuna, que para revivir multitud de aspectos de la sociedad y la época histórica en que fue escrito o para guiarse en la vida o comenzar a reflexionar sobre cualquier tema teniendo ante la vista un manojito de pensamientos a él relativos, tal vez no demasiado coherentes ni fundados, pero indudablemente sí variados y llenos de buen sentido, a más de gratas de leer y fáciles de entender.

Así, al lado de sus curiosos consejos acerca de como deben ser los palacios y los jardines, encontramos otros ensayos acerca de la nobleza, del imperio y de la usura y una serie de principios sobre la colonización cargados de sentido, y otros sobre el ateísmo, las supersticiones, las falsas profecías y los viajes, y entremezclados con disquisiciones de carácter moral, quizá las más y las más importantes de la obra, otras atinadísimas sobre la política, que prácticamente conservan todo su valor, o de índole más restringida y ya propiamente jurídica.

Entre éstas, las más sugestivas para un jurista, queremos recordar las contenidas en el ensayo sobre los litigantes, cuya oportunidad, lejos de envejecer con el tiempo, tiene una perenne actualidad, y en particular las del relativo a la judicatura, lo mismo importante desde un punto de vista jurídico general que —y tal vez más— desde el más especializado de los penalistas.

Desde el primero, interesa por cuanto empieza recordando a los jueces “que su oficio es *ius dicere* y no *ius dare*; interpretar la ley, no hacerla o darla”. Es decir, que se encuentra aquí una de las frases más conocidas en que revela Bacon su preocupación ante el desmedido arbitrio judicial de la época e insinúa, frente a él, la necesidad de que los jueces se sometan plenamente a la ley, la cual, como dice en otra obra (pues

lo más substancioso del pensamiento de Bacon sobre el derecho hay que buscarlo fuera de los *Ensayos*, será tanto mejor cuanto menos deje al arbitrio de aquéllos (“Optima lex quae minimum arbitrii iudici relinquit”), prosiguiendo de este modo la tendencia, que irá afianzándose con el racionalismo de la época, de privar a la judicatura de toda libertad en relación a la letra de la ley y de convertir a sus componentes en autómatas, en ciegos servidores de ella, en la boca —por expresarlo con una célebre y prestigiosa frase de Montesquieu— que pronuncia sus palabras. Y digo deliberadamente que prosigue o continúa esta línea, porque mucho antes que Bacon, en 1550, un humilde fraile franciscano español que ya había muerto cuando el poderoso y brillante lord y canciller inglés naciera, escribió, siguiendo a Aristóteles, que “firmior et constantior est ipsa lex, et minus potest a rectitudine deflecti, quam iudex”, por lo cual “minimum esse iudicis arbitrio relinquendum” (1). Sólo que no hay como ser español para que se cebe en uno el olvido, el de propios no menos que el de los extraños.

Este discurso resulta particularmente grato para quienes nos dedicamos al estudio del derecho criminal porque insensiblemente nos ha traído como de la mano al terreno de las ideas propiamente penales de Bacon; interesante —como prometimos— para el penalista, aunque —igual que a otro respecto dijimos antes— lo más importante del pensamiento de Bacon sobre este tema no se halla en el libro que reseñamos (2).

Mas sin salirnos de la obra que estamos comentando, consignemos que se preocupa particularmente por subrayar los perjudiciales efectos de las interpretaciones laboriosas y retorcidas, ante las que deben estar alerta los jueces “pues no hay peor tortura que la tortura de las leyes”, y “especialmente en el caso de las leyes penales”, a fin de que el efecto intimidatorio en ellas buscado o pretendido no se convierta en rigor y hagan caer sobre la gente la lluvia de que habla el salmista (3): *Pluet super eos laqueos*, “porque si se oprimen las leyes penales son como lluvia de lazos sobre el pueblo”. Tiene un asaz certero sentido de la necesidad de que las leyes penales están en concordancia con el sistema de valores actualmente admitido por la comunidad: “Que las leyes penales, si han estado durmiendo por largo tiempo o si se han convertido en inadecuadas para los tiempos presentes, sean postpuestas por los jueces prudentes”; y añade, con Ovidio: “*Judicis officium est, ut res, ita tempora rerum, etc.*” (4). Con-

(1) CASTRO, Alfonso, *De potestate legis poenalis libri duo*, l. I, cap. VI. Por lo demás, para valorar la novedad de las ideas y hasta de las expresiones y para no motejar de retrógrados a ciertos nobles países, harto más avanzados y liberales que lo que comunmente se cree, así como por los elementales deberes de veracidad y reconocimiento, sería conveniente cotejar el célebre cap. IV de BECCARIA, *Dei delitti e delle pene*, y el citado de ALFONSO DE CASTRO.

(2) Vide especialmente COSTA, Fausto, *El delito y la pena en la historia de la filosofía*, traducción, prólogo y notas de Mariano Ruiz-Funes, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, 1953, pág. 64, con consideración y cita de los principales pasajes baconianos al respecto, no utilizados por otros estudiosos del tema, como Terán, *Las ideas penales en Inglaterra en los siglos XVI y XVII*, Buenos Aires, Araya, 1953.

(3) *Psal.*, 11, 7.

(4) El texto completo de los versos de Ovidio a que se refiere Bacon, es: *Iudicis officium est ut res, ita tempora rerum / quaerere: quaesito tempore tutus eris.*

cluye tales consideraciones con este humanitario consejo a los jueces, que, sin embargo, insiste una vez más en la primacía de la ley y el acatamiento que le deben, y que, por otra parte, culmina con una reflexión humanísima, que a lo lejos pronuncia en su contenido el sesgo antropológico que habría de tomar un día el derecho penal y que ya en la misma forma recuerda y anticipa muy conocidas frases o máximas contemporáneas (Montesinos y en especial Concepción Arenal): "En las causas de vida o muerte, los jueces deben en justicia (mientras la ley lo permita) recordar la misericordia; y lanzar una mirada severa al delito, pero una mirada compasiva a la persona" (*).

Digamos, en fin, para terminar, que la presente edición de la célebre obra baconiana viene precedida de un corto pero jugoso prólogo encuadrando la azarosa vida y el innovador y fecundo pensamiento de Bacon, y, después, de un muy claro y útil resumen biográfico, que acaban de valorar una traducción muy ceñida y elegante y unas notas escuetas que ponen al alcance del lector no versado en las lenguas clásicas las frecuentes citas latinas con que el autor esmaltó sus *Ensayos* e indican la procedencia de las mismas o bien aclaran cualquier otra referencia clásica del texto, y una presentación cuidadosa y esmerada (**), en la que hay que destacar el muy práctico detalle de indicar entre paréntesis debajo del título de cada ensayo la fecha en que apareció por primera vez (**); por todo lo cual hay que felicitar tanto el traductor por su trabajo como a la casa editora por su buen acuerdo de haber añadido tal título a su benemérita *Colección de iniciación filosófica*, que con éste llega a su volumen número setenta.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

(*) La bastardilla es nuestra. Póngase en relación esta frase con las del Coronel Montesinos ("La penitenciaría sólo recibe al hombre, el delito queda a la puerta") y de Concepción Arenal ("Odia el delito y compadece al delincuente"), esta última, que tantas veces hemos leído, escrita en letras doradas en el arco de entrada a la Cárcel Modelo de Madrid (Prisión Provincial), destruída el año 1936, en nuestros infantiles paseos por la Moclóa.

(**) Por lo cual resalta y hay que lamentar más la dos graves erratas deslizadas en los celeberrimos versos latinos de la *Medea* de Séneca transcritos en la pág. 155.

(*) Pues este libro tuvo, en vida de su autor, tres ediciones, de diferente contenido cada una, de modo que conviene saber en cual de ellas apareció cada ensayo por primera vez.

RESEÑAS INFORMATIVAS

Diccionario de la Conjugación, por AURELIO GARCÍA ELORRIO.
Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1961. V. Edición. 663 p.

Un instrumento de innegable valor para la conjugación correcta de los 12.500 verbos castellanos, es el que, en quinta edición, ofrece este magnífico *Diccionario*. El método didáctico que sigue facilita grandemente su uso, poniendo al alcance de todos un medio rápido y fácil de conocimiento y comprensión de las innumerables variaciones verbales.

La obra consta de tres partes: 1) De 107 paradigmas, según la nomenclatura de la Real Academia Española, de la conjugación de los verbos regulares, irregulares, pronominales, impersonales y defectivos; 2) Una lista alfabética completa de los verbos con la indicación del paradigma según el cual se conjugan; y 3) Un apéndice conteniendo, analizados y connotados, los verbos aceptados por la autoridad académica en la última edición del Diccionario oficial. En esta edición se incluye por primera vez en la obra la "Lista" de preposiciones que se construyen con verbos, parte ésta del *Diccionario de la Preposición* que el autor dejó inédito, al fallecer en 1958.

La obra representa un nuevo esfuerzo de la Editorial Kapelusz que es digno de señalar por lo que la misma significa para quienes deben manejar, por su vocación u oficio, el idioma hablado o escrito con verdadera propiedad.

Matanzas (Biografía de una provincia), por FRANCISCO J. PONTE y DOMÍNGUEZ. La Habana, Academia de la Historia de Cuba, 1959. 349 p.

La Academia de la Historia de Cuba acometió la tarea de publicar las biografías de las provincias de aquel país, convocando para ello a sendos concursos. La obra que nos ocupa se refiere a la provincia de Matanzas y en ella el autor se refiere extensamente a los caracteres geográficos de la región, a las incidencias humanas y a la evolución social y económica de la misma.

La conquista española en América, por SVERKER ARNOLDSSON.

Publicación del Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, Suecia. Madrid, Insula, 1960, 75 p.

Sverker Arnoldsson, fallecido en 1959, ha sido uno de los historiadores suecos que dedicaron gran parte de sus investigaciones a la historia de los pueblos hispánicos. El Instituto Ibero-americano de Gotemburgo (Suecia) lo contó entre sus grandes animadores, por lo que su desaparición fue muy lamentada en los círculos allegados a esa prestigiosa institución.

El volumen es un breve ensayo en el que Arnoldsson estudia la definición de la conquista española en América a través de alegatos de escritores del siglo XVI y de nuestros días. Un capítulo final recuerda los principales datos sobre el autor y su obra.

Treinta sonetos para un solo destino, por CARLOS MARCELO

CONSTANZÓ. Con un prólogo de Manuel García Brugos. Colección Diego Azul. Buenos Aires, 1960. 72 p.

Para el amor, nada tan perfecto en poética como el soneto. Joya de "aritmético" brillo en la pluma del buen cultor, sus catorce versos pueden desenvolver toda la gracia, todo el misterio de la razón (¿o sin razón?) amorosa. En este volumen que nos llega firmado por Carlos Constanzó, la imagen de la mujer soñada cobra un ritmo transparente, de directo alcance. La belleza física y espiritual, son suficiente valor inspirativo como para que los sonetos jueguen su tiempo poético noblemente.

Un prólogo de García Brugos cumple con la misión de hacer entrar al lector en el clima monocorde de la obra.

Horas de fiebre, por SEGUNDO I VILLAFÑE. Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, 1960. 214 p.

Continuando con la serie sobre "Orígenes de la novela argentina", que fuera planeada por Ricardo Rojas y que se publica desde 1926, el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires ha publicado esta obra, elegida entre un grupo de novelas cuyos argumentos tienen relación con la crisis económica sufrida por el país en 1890.

Un estudio preliminar de Antonio Pagés Larraya se refiere a la posición de los escritores del 80 frente a la crisis que conmovió la vida social y política de la nación y analiza la novela, ubicando al autor dentro de la literatura nacional de aquella época.

Sancho Panza, hombre de bien, por LEIF SLETSJÖE. Publicación del Instituto Ibero Americano de Gotemburgo, Suecia. Madrid, Insula, 1961. 136 p.

El autor muestra su interés por estudiar la evolución experimentada por Sancho y notada por el mismo Quijote, quien repara que cada día "se va haciendo menos simple y más discreto".

Sletsjöe cree que en la figura del escudero "hay algo muy trascendente" y se propone demostrarlo a través de este ensayo, utilizando el material que le ofrece el mismo Cervantes.

Tiempo, por AMALIA LEGUIZAMÓN. Edición de la autora. Buenos Aires, 1960. 98 p.

Una vez cerrado el libro de Amalia Leguizamón, una vez leído el último de sus poemas, queda en el lector la conciencia de haber compartido brevemente el mundo sin urgencias de su autora. Composiciones en que la poesía es casi una tímida propuesta, sin llegar a corporarse efectivamente en un vuelo mayor.

Marx y marxismo, por ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ. México, Universidad Nacional de México (Suplementos del Seminario de problemas científicos y filosóficos N° 28), 1960. 15 p.

El autor plantea el problema polémico de actualidad —en el plano de la investigación filosófica o de historia de la filosofía— sobre las relaciones reales o supuestas del marxismo con el existencialismo, llegando a la conclusión final de que "el empeño de existencializar el marxismo no es sino un intento de revisar la doctrina de Marx, despojándola de su meollo revolucionario".

Historia bibliográfica de la novela chilena, por HOMERO CASTILLO y RAÚL SILVA CASTRO. México, Ediciones De Andrea (Colección Studium, 28), 1961. 214 p.

Destinada a llenar una sentida necesidad para quienes realizan estudios de literatura hispano-americana, esta obra registra con cuidadosa preocupación los títulos de todas las novelas chilenas sobre las que los autores han podido hallar noticias. El esfuerzo queda de manifiesto por la cantidad de títulos registrados, lo que otorga a esta Historia un mérito que es oportuno señalar.

En la nota preliminar los autores expresan que el fin ha sido ofrecer "un instrumento de investigación para futuras exploraciones críticas", lo que sin duda ha quedado plenamente logrado.